

FERNANDO ALEU



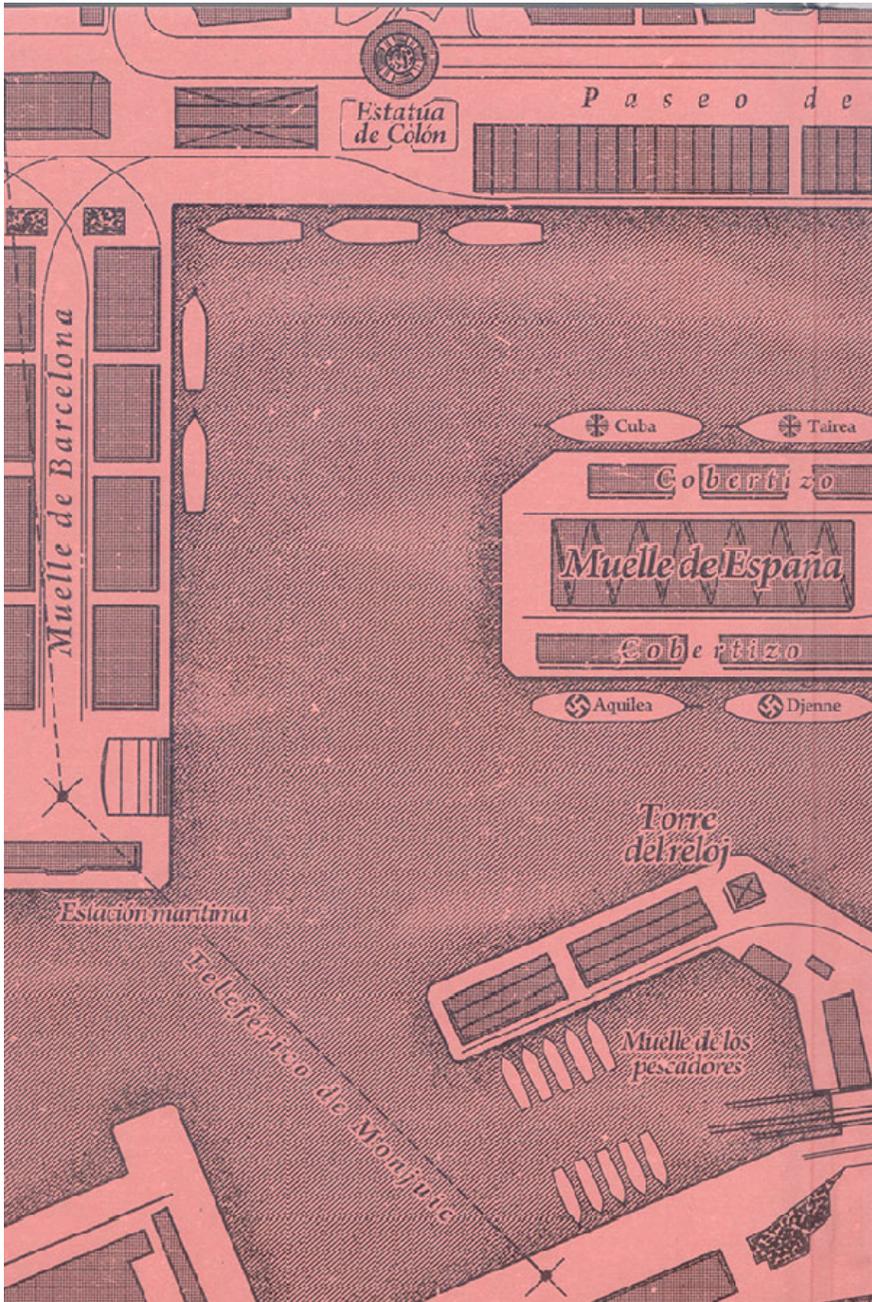
EL INTERCAMBIO

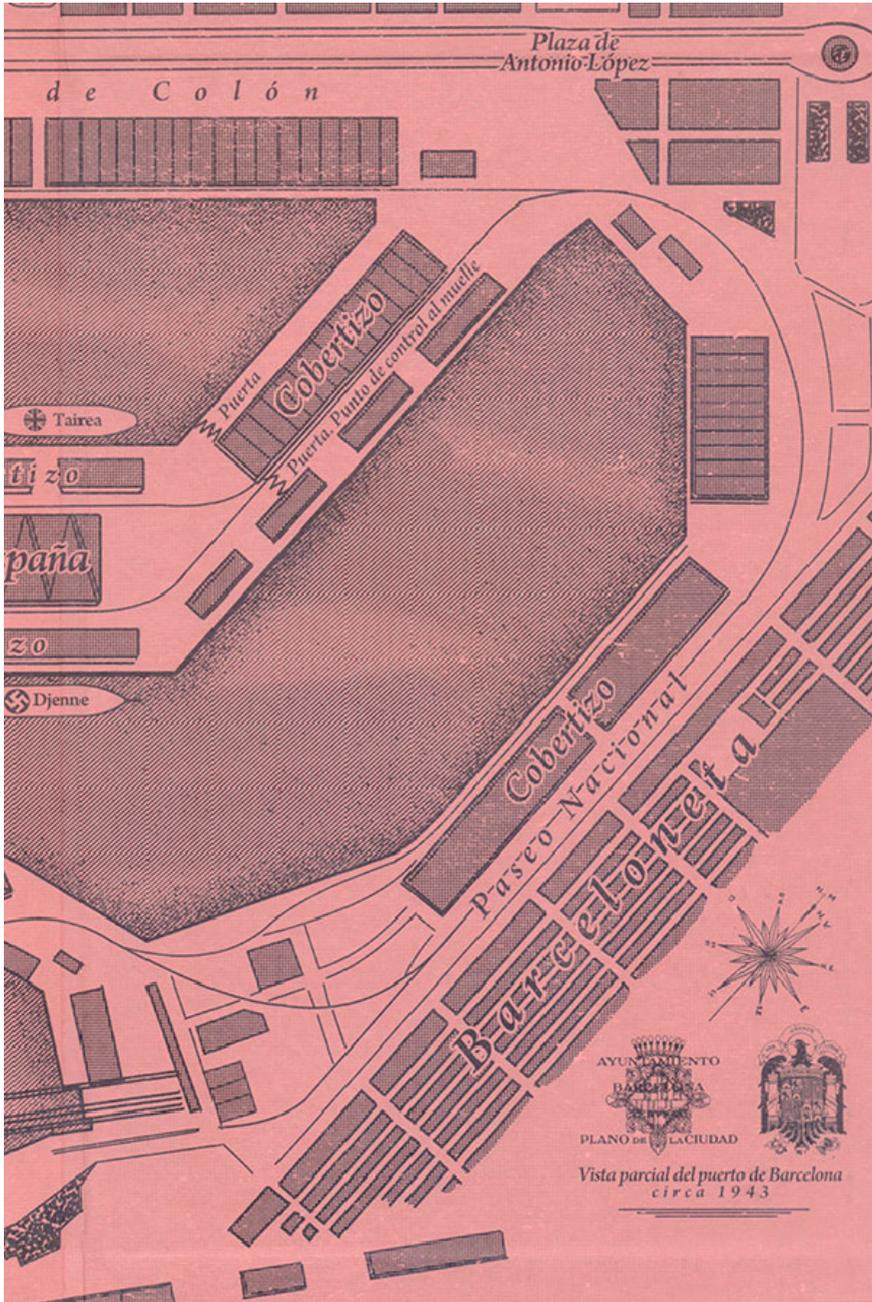
Una apasionante historia de amor, amistad e intriga.



En mitad de la Segunda Guerra Mundial, los aliados y Alemania acordaron llevar a cabo un intercambio de soldados prisioneros de guerra al final de la cruenta campaña militar del norte de África. En el puerto de Barcelona, que fue el lugar aceptado por ambas partes, cuatro mil soldados, la mitad de cada bando, fueron intercambiados en el muelle de España, el 27 de octubre de 1943, en una operación que supuso la intervención de dos buques de cada bando.

Uno de los prisioneros era un judío alemán de veinticuatro años que, en caso de haber sido devuelto a Alemania, hubiera corrido el riesgo de ser enviado a un campo de concentración. Un grupo de personas unidas por las circunstancias participó en un complot para rescatar a aquel soldado judío.





INTRODUCCIÓN

1

En el Harmonie Club

Nueva York, 2 de agosto de 1943

Los árboles de Central Park refrescaban aquel atardecer de verano. La fina lluvia de los días anteriores había limpiado el aire y el cielo era luminosamente azul por el este y dorado por el oeste. Había hecho un día espléndido. Tras su larga jornada en el hospital Monte Sinaí, el doctor Werner Applefeld bajaba andando hacia el sur por la Quinta Avenida las treinta manzanas que lo separaban de la cita con su buen amigo Richard Broms. Al llegar a la calle 60 Este, giró noventa grados, cruzó la calzada y entró en el portal del número 4, un edificio imponente al que prefería llamar por su viejo nombre, The Gesellschaft Harmonie Club. Desde su creación, noventa y un años atrás, se había convertido en una auténtica ciudadela en Manhattan para los judíos de origen alemán.

—*Guten Abend, Herr Doktor*—le saludó el conserje.

En el Harmonie seguían hablando en alemán, pero ya había una tendencia a dejar de usar aquel idioma, no en vano Estados Unidos estaba en guerra contra Alemania. Durante el resto de la tarde, Werner no volvió a emplear su lengua nativa.

Había caminado a buen paso para no llegar tarde a su «copa con Richard», un rito que se cumplía por ambas partes cada primer miércoles de mes a las seis en punto de la

tarde, siempre en el Harmonie. La prueba de que ese momento de camaradería era muy apreciado por ambos, que eran personas muy atareadas, es que muy raras veces uno de los dos llamaba para cancelar la cita.

El ascensor se detuvo en el piso del restaurante. Allí, sentado a una mesa junto al bar y parcialmente oculto por un ejemplar del *New York Post* abierto de par en par, Richard leía con un pitillo colgándole de los labios. En cuanto vio a Werner, dibujó aquella críptica sonrisa que tan bien conocían sus colegas de las redacciones.

—Pensé que no ibas a llegar nunca —dijo sin disimular un tono más bien seco.

—¡Pues yo pensaba que los periodistas del *New York Times* no leían nunca el *Post*! Buenas tardes, Richard.

—Siéntate y pide como siempre tu maldita taza de té, que yo me tomaré un escocés con hielo. Estoy muy bien y el *whisky* me sentará mejor. Desde que me mandaste al hospital, no he vuelto a tener jaqueca. Ni una sola vez. Eres un buen médico, Werner.

—Y tú, un buen paciente. Por cierto, hoy no tengo la menor intención de tomarme mi «maldita taza de té». También pediré un escocés. Es mi cumpleaños.

—No tenía ni idea, ¿por qué mantienes esas cosas en secreto?

—A estas alturas deberías saber que no me gustan los cumpleaños.

—Vaya, hombre. ¿Y se puede saber... cuántos años tienes?

—Cuarenta.

—Cualquiera lo diría, aún estás jadeando. Eres muy joven. Parece que hayas venido corriendo. ¿Qué has hecho hoy?

—He escuchado una conferencia muy interesante de un neurólogo y he salido muy preocupado. Ha hablado de la «psicosis de guerra», un tema del que yo no sabía absoluta-

mente nada y que ahora veo que tendré que ponerme a estudiar en serio.

—¿Y eso de qué va?

—Es un problema mental que ha sido observado en algunos soldados que han sido testigos presenciales de hechos terribles en el curso de la guerra. Al parecer, vuelven a vivir esos hechos espantosos, tan vivamente como si estuvieran de nuevo ocurriendo ante sus ojos. La consecuencia es que tienen pesadillas, ansiedad de tipo agudo, insomnio... Y en ocasiones, ataques de agresividad.

—La guerra no es una diversión, Werner. Suerte tenemos de estar aquí. De hecho, estoy seguro de que dentro de pocos días mi periódico publicará una crónica titulada: «Los alemanes se enfurecen».

—¿Por qué crees que los alemanes se están enfureciendo?

—Nos ha llegado una noticia desde Alemania que indica que algo pasa. Dice que unos civiles que perdieron sus casas en uno de los bombardeos recientes de nuestra aviación, estuvieron apedreando a los prisioneros aliados. Precioso, ¿no? Y según nuestras informaciones, los propios alemanes temen ahora que sus prisioneros de guerra sufran represalias parecidas.

—Debo confesarte, Richard, que la guerra está creando en mí unos fuertes sentimientos de culpa y remordimiento. Tengo dos parientes muy cercanos que viven ahora mismo en Alemania. Mi tía Greta, que es una mujer maravillosa, y su hijo Max, un joven extraordinario. Les he perdido la pista a los dos y no puedo hacer nada por ayudarlos. Greta podría fácilmente buscar un refugio seguro en Zúrich, que es su ciudad natal. Pero la situación de Max me preocupa muchísimo.

—Me parece recordar que me habías hablado de él. ¿No dijiste que estaba combatiendo con el Afrikakorps del mariscal Rommel?

—¡Qué buena memoria tienes!

—Para algunas cosas solamente... Si en efecto está combatiendo con Rommel y es por eso que no te llegan noticias tuyas, podría ser que su situación fuese grave. Los británicos al mando de Montgomery les dieron una buena paliza en El Alamein... Venga, ¡vamos a brindar con escocés por tu cumpleaños! —añadió cuando notó que la expresión de Werner se había vuelto sombría.

Después de pedir las copas, Richard explicó:

—Mira, tengo otra noticia que a ti, que eres un gran soñador, puede que te parezca interesante y que podría estar relacionada con tu problema. Hace un par de días llegó a la redacción un breve procedente de Ginebra: según un representante de la Cruz Roja Internacional, cabría la posibilidad de que hubiese un intercambio de prisioneros británicos y australianos en territorio ocupado alemán por presos alemanes capturados por los británicos. Y se produciría pronto, quizás incluso muy pronto, a finales de octubre. Mencionaban cifras muy notables. Un total de cuatro mil presos, dos mil de cada lado. La mayoría, soldados heridos.

Les sirvieron sendos *scotchs* con hielo, brindaron por el cumpleaños y Richard volvió a fijarse en la expresión de su amigo. Unas arrugas simétricas se marcaban profundamente en su frente. Ni se alegró por el brindis.

—Si me lo permites, voy a hacer una llamada —dijo Richard y se levantó.

Cuando regresó a la mesa, ya había confirmado los detalles con un colega de la redacción:

—Si Max está vivo, porque resultó herido y fue hecho prisionero, y si Max es un tipo con mucha suerte, podría formar parte del contingente de presos alemanes que los británicos enviarán a un buque hospital en Port Said. Desde allí los llevarían a un puerto como Marsella, bajo control del Eje, para enviarlos por tren a Alemania. Los soldados aliados que están ahora en manos de los alemanes harán el mismo recorrido en sentido contrario.

—A finales de octubre... —susurró Werner—. Estaba pensando en una conocida. Una alemana muy guapa y misteriosa que también habló de posibles intercambios de prisioneros.

—¿De quién se trata?

—Era la amante de Max cuando la conocí, en 1939, justo antes de que estallara la guerra.

—Veo que Max te preocupa de verdad. Pero según me contaste, es un primo al que jamás habías visto hasta que hiciste aquel viaje a Alemania.

—Es una historia larga y probablemente no te interese mucho.

—Vamos, Werner, por supuesto que quiero que me la cuentes.

—Sabes que mis padres murieron cuando yo tenía once años. Y que el hermano de mi madre, Franz, cardiólogo en Hamburgo, me acogió en su casa. Él y Greta, una encantadora suiza no judía, me trataron como al hijo que no habían tenido. Franz, cuyas convicciones religiosas no eran muy profundas, creyó que tenía la obligación de educarme tal como mi padre hubiera deseado, dentro de la más estricta tradición judía. Al cumplir los dieciocho, decidí que quería continuar mi formación en Estados Unidos y tratar de ingresar en una facultad de Medicina. Alemania parecía tener entonces un futuro incierto. La joven república de Weimar no estaba consolidada. Recuerdo a tío Franz diciendo: «No creo que este régimen dure muchos años. Es una república completamente no alemana». Fue él quien organizó el viaje. Me compró el pasaje para uno de los mejores transatlánticos y me dijo por toda despedida: «Trabaja duro, sal adelante, y cuando ganes dinero ya me lo devolverás». Camino del puerto, tío Franz me dijo que Greta estaba embarazada. Era una tremenda sorpresa tras tantos años de intentarlo y estaban felices. También me fue contando sus nuevos planes: tan pronto como naciera el bebé, se irían a vivir a Berlín; tenía una oferta como profesor de la facultad

de Medicina. Me dio un abrazo en la entrada del muelle de América, donde estaba atracado el buque con el que cruzaría el Atlántico. Fue un abrazo largo y se nos humedecieron los ojos a los dos. Me dio vergüenza que él me lo notara, así que me despedí de repente y salí corriendo hacia el acceso a cubierta. Subí en cuanto terminó el papeleo. Miré hacia el muelle para despedirme de tío Franz con la mano. No estaba. No volví a verlo nunca más.

—Ya lo entiendo. Ahora sí. Para ti Max es como tu hermano pequeño. Ese hermano que no tuviste nunca —intervino Richard.

—¡Exacto! —exclamó Werner—. Yo no lo habría dicho mejor. Cuando lo conocí al cabo de muchos años, en ese viaje del año 39, comprobé que era un joven valiente y espléndido al que sus amigos admiraban, y que llamaba muchísimo la atención de mujeres y hombres, viejos y jóvenes. En aquel encuentro reforzamos hasta extremos inesperados un sentimiento de fraternidad muy poderoso. Era muy especial su combinación de fuerza física e ingenuidad anímica. Su musculatura, tan marcada y armoniosa, ocultaba a un chico grande que era inmaduro, psicológicamente frágil, con una vulnerabilidad dentro de aquella fortaleza física.

—Piensa que si Max tuviera la inmensa suerte de estar vivo aún y de ser elegido para el intercambio, lo peor que podría pasarle sería que los alemanes lo internaran en un campo de trabajo.

—Voy a hacer todo lo posible y más por ayudarlo. Se lo debo a sus padres, se lo debo a él y me lo debo a mí mismo. Si averiguamos dónde va a producirse ese intercambio, tengo que ir a Europa. Es mi deber.

—Cálmate un poco, Werner —le interrumpió su amigo—. No es propio de ti manifestar este descontrol. ¿En qué sentido crees que podrías tú servir de ayuda en una situación de guerra como esta? Para empezar, las probabilidades de que Max termine siendo elegido son mínimas. Casi inexistentes. Ni siquiera sabes dónde está, si vive y si fue

hecho prisionero. En cambio, si tú viajaras al país donde se haga el intercambio correrías un gran peligro, tú ahí careces por completo de experiencia. Serías un estorbo, incluso. Sabes que la obsesión de los nazis por lo que ellos llaman «el problema judío» es enorme, y trágica en sus consecuencias. Si el doctor Werner Applefeld fuese pillado cometiendo la más mínima transgresión durante una estancia en Alemania, su pasaporte estadounidense no sería un escudo imbatible, como puede que creas, tratarían de destruir tu vida. Y por otro lado, permíteme que insista: a mí, la verdad, no se me ocurre nada que pudieras hacer tú allí para ser útil a Max.

Werner ni siquiera abrió la boca. No había ningún argumento capaz de rebatir la lógica implacable de Richard.

Se pusieron en pie y se dirigieron hacia los ascensores. Una vez en la calle, Richard dijo:

—Si me entero de cualquier nuevo detalle sobre ese intercambio, te llamaré. ¡La esperanza es lo último que se pierde! Eso es, por cierto, lo que tú me dijiste hace cuatro años, cuando fui a tu consulta porque tenía miedo de tener un tumor en el cerebro. Y cada día me encuentro mejor.

—No tenías un tumor «en» el cerebro sino «sobre» el cerebro —dijo Werner ya más tranquilo—. En medicina, las preposiciones tienen su importancia.

—Bueno, no enloquezcas por lo que aún es una entelequia. Mañana hablamos otra vez.

Werner hizo un gesto de asentimiento y alzó la mano para llamar a un taxi. Necesitaba llegar a casa lo antes posible.

Y

En cuanto entró en su apartamento, fue al despacho, abrió un cajón del armario y eligió una carpeta: la que tenía la etiqueta «Cartas de Max».

La última estaba fechada en julio de 1939, hacía cuatro años. Era capaz de recitar de memoria casi cada una de sus frases.

Jamás había sido tan feliz, Werner. Tengo veintiún años y me siento el rey del mundo. El éxito de Adonis y los Cóndores Voladores está siendo enorme, y el circo nos paga muy bien. Cada semana puedo enviarle algún dinero a mi madre, que sigue en Berlín. Ella dice que soy un buen hijo, aunque según su opinión esté muy confundido en cuanto a la política. ¡Ya veremos qué dice cuando vea mi foto en carteles expuestos por toda Alemania! Has de saber que pronto seré la imagen de propaganda de las Juventudes Hitlerianas.

Y algo mejor aún: ¡por fin ya sé lo que es el amor! Se llama Rosy. Rosy Dieckhoff. No te diré más que una sola cosa: sin ella, no funciono. Estoy loco por Rosy, tienes que conocerla. Entre otras cosas, esta nueva vida mía te ahorrará el esfuerzo de contarme lo que significan mis sueños, incluso los más raros. Ya sé todo cuanto quiero saber sobre mis sueños, porque ahora vivo en ellos, ¡mi vida transcurre en sueños! Rosy es sensual y preciosa, tiene un tipazo impresionante y viste muy bien. Trabaja para el Gobierno, aunque en realidad no tengo ni idea de a qué se dedica. Es tan misteriosa y lo que cuenta es tan poco concreto que si me dicen que es una espía, me lo creeré. Además, me daría igual. ¡Todo está siendo tan excitante!

Comparando su propia vida con la que Max narra, Werner no era capaz de controlar sus pensamientos, que corrían como caballos desbocados. El «buen doctor», como le llamaba Thelma, su secretaria, tuvo que admitir, el mismo día en que había cumplido cuarenta años, que era cada vez más esclavo de su éxito profesional. Y nada le parecía tan irónico como que ese éxito le hubiera impedido reservar momentos para la *joie de vivre*, le hubiera hurtado la risa y la espontaneidad, la vida galante y la actividad sexual.

Le asaltaron recuerdos imborrables de una época en la que se permitía seguir el ritmo vibrante de los latidos de Manhattan y ser uno de los solteros de oro más buscados. Habían transcurrido apenas cuatro años. Hasta justo antes de su viaje a Alemania, Werner había disfrutado de la vida agitada y divertida que le ofrecía la ciudad. Aquel verano de 1939 marcó un antes y un después.

Se acercó al mueble bar e hizo algo que jamás se había permitido. Aunque con Richard se había tomado dos *scotchs*, se sirvió un tercero. Necesitaba quitarse de encima aquella tensión. Solo quería relajarse, animarse con los felices recuerdos... Puso en el gramófono una sinfonía de Bruckner y se dejó caer en un sillón con la copa en la mano.

PRIMERA PARTE

Premoniciones de guerra